

III

Si recordando el conocido juego de prendas y sin hacer otras variaciones que la de poner «Méjico» en lugar de «la Habana» y «un poema» en lugar de «un navío», comenzara yo este artículo, preguntando:—«De Méjico ha venido un poema ¿cargado de?...»,—todos los lectores darían la misma contestación en seguida:—«De ripios»—dirían todos á un tiempo.

Porque, ¿qué otra cosa podría traer un poema que viene de Méjico?

—Desatinos, disparates—dirá algún lector de los menos caritativos.

Pero lo mismo da. Porque los desatinos y los disparates también son ripios en un poema.

El recién llegado de Méjico, que va á ocupar por unos momentos mi atención y la de ustedes, viene impreso con muchísimo lujo, á dos tintas, con orla en todas las páginas, y con un cromo en la cuarta donde hay una fo-

tografía entre dos banderas, las armas de España y las armas de Méjico y un ¡Viva Méjico! y un ¡Viva España! y se titula...

¿Cómo dirán ustedes que se titula?

Aquí sí que ya no aciertan ustedes como en la contestación á la primera pregunta referente á la carga del navío, digo, del poema...

Pues se titula:

Alfonso XIII Rey de España, y el mundo impío; ó sea Cuba á los yankees...

¿Les parece á ustedes ya bastante raro?...

¿Que qué es eso de *Cuba á los yankees* ó en qué lengua está?—me preguntan ustedes.

Pues no lo sé; pero sigan ustedes leyendo, porque todavía después de lo copiado, hay un subtítulo entre paréntesis que dice:

Carambolas por contra tabla.

Y después de todo esto, «POEMA por Juan Pedro Didapp», así, con dos pes.

De manera que el poema no será de pe pe y doble u; pero el autor tiene en su firma las tres pes de rúbrica; una en el segundo nombre, y dos en el apellido.

Después hay una dedicatoria muy lujosa al Sr. Duque de Arcos, Ministro de España en Méjico, y al Sr. D. Antonio Basagoiti, Presidente del Casino Español, concebida y hasta dada á luz en estos términos:

«Adicto á una causa sublime, he consagrado á su *defensa* los años floridos de mi juventud y no he desmayado ni un instante en em-

puñar con noble orgullo su estandarte para que ondule victorioso.»

¿Y quién le ha dicho á usted que eso que usted hace es una *defensa*? Quizá no falte quien lo llame *ofensa*... ¿Cree usted que una causa sublime se puede defender con versos ripiosos?

Siga usted, siga usted.

«Motivo ha sido éste para que á la sombra de tan esclarecidos nombres cante las grandezas del *Monarca Niño*, cuyo trabajo (¿el del monarca niño?... No sería flojo si tuviera que leer y entender los versos de usted) os ofrezco en prueba de admiración y respeto.»

No; esto último no pasa. Si tuviera usted verdadero respeto á esos señores, no les ofrecería usted esas cosas.

Adelante.

Estamos en el prólogo, que dice:

«El poema que hoy publico ha dado lugar á muchas y diversas *comentaciones*.»

No sé cómo podrá ser eso. O muy desocupada está por ahí la gente y muy escasa de asuntos sobre que hacer conversación, ó no me lo explico.

Porque ese poema no merece más que una *comentación*, la de cerrarle apenas abierto, y decirle á usted:

Déjalo, Juan, no leas... ó no cantes.

Repita usted:

«El poema que hoy publico ha dado lugar

á muchas y diversas *comentaciones*, todas llevando dirección desfavorable para mí...»

Vamos, ¿lo ve usted? ¿Qué le acabo de decir yo á usted ahora mismo...? Si todas las *comentaciones* llevan una dirección desfavorable para usted, todas ellas pueden reducirse á una sola *comentación*, á la que el libro merece, que es la que yo he dicho.

«Pero yo—continúa el *poeta*—estoy en el deber ineludible de defender los partos de mi inteligencia...»

Se equivoca usted de medio á medio.

Si los partos son como ese *poema*, lejos de estar usted en el *deber ineludible* de defenderlos, está usted en el deber ineludible de quemarlos.

Y de no volver á parir en su vida.

Pero continúa usted diciendo:

«...que son los hijos legítimos de mi mente.»

Tampoco. Poemas como ese no pueden ser hijos legítimos de una mente creada por Dios: son hijos espúreos.

«Yo escribo»—continúa...

Pues hace usted mal.

«Yo escribo, y con sólo el hecho de publicar mis concepciones, doy autorización al lector á que tache lo que no le plazca...»

Bueno; pues con esa autorización que usted me da... y si no me la diera usted yo me la tomaría... con esa autorización que usted me da, yo, lector, le tacho á usted todo el libro, absolutamente todo.

Porque no hay nada en él que me plazca, fuera del ¡viva España! del principio, ni que pueda placer á persona que tenga los sentidos cabales.

«...Mas me asiste—dice usted—el derecho de *brotar*...»

No, señor. También en eso se equivoca usted. ¿Qué le ha de asistir á usted ese derecho?... Si fuera usted fuente, ó árbol, ó enfermedad cutánea, le asistiría á usted el derecho de brotar. Pero siendo hombre, no. No tiene usted derecho de brotar en el sentido neutro del verbo.

Y en el sentido activo... tampoco; porque no había de brotar usted más que desatinos, y no está permitido brotar esas cosas.

«Mas me asiste el derecho de *brotar* á la arena en defensa de lo mío, cuando al crítico le sirve de *peldaño* la injusticia y la ignorancia.»

Bueno, pero ahí no se dice *brotar*, sino *asalar* á la arena, ó «descender»; aunque bien mirado, desde el libro de usted ya no es posible descender á ninguna parte.

Y además, el *peldaño* no crea usted que es un instrumento necesario para la crítica. *Peldaño* es donde se pone el pie, y la crítica no se suele hacer con los pies; ni aun la de aquellas *cosas* que con los pies parece que han sido fabricadas.

Y de todos modos, no pueden ser ni la ig-

norancia ni la injusticia quienes critiquen desfavorablemente el libro de usted; serán las que le aplaudan, si acaso.

«*Criticar con imparcialidad y pleno conocimiento de causa... la crítica entonces sería de fueros sagrados, y estúpido y soberbio el que no la acatase.*»

Pues átesela usted al dedo ¿eh? Porque si no acata usted la crítica y vuelve usted á escribir haciéndolo tan mal, ya sabe usted la sentencia que acaba usted de pronunciar contra sí mismo. «Estúpido y soberbio... etc.»

«Pero *rayar* de malo y pésimo lo que se desconoce, en verdad que no es digno de otro nombre que el de hotentote quien tal hiciera.»

Bueno; llámele usted hotentote, ó llámele usted hache al que *raye* de malo y pésimo lo que desconoce; no me importa.

Porque yo *rayo de malo y pésimo*, como usted dice, todo el libro de usted después de conocerle, después de haberle leído.

Y continúa en otro párrafo:

«A mí sólo me ha animado á escribir el presente canto (rodado) épico-lírico el *deseo vivísimo* que tengo de que los españoles vean que en mí tienen un defensor.»

Muchas gracias por el deseo; pero crea usted que no necesitamos los españoles semejantes defensores rípidos, ni nos gustan semejantes defensas.

«Pero los mal nacidos—continúa—y peor intencionados, de una manera vil estrujaron los principios que ignoraban...»

¡Pues ya se necesita mala intención y algo más para estrujar unos principios que se ignoran!

«Desde las columnas de un diario atacaron antes de su publicidad las ideas que sirven de base al poema.»

¡Pero hombre, si eso no puede ser! Antes de su publicidad, ¿cómo podían atacar las ideas que sirven de base al poema?... Tanto menos, cuanto que... vamos... ¿está usted seguro de que el poema tenga base?... Porque yo creo que no, que no tiene base, ni ideas tampoco.

«Mas al humilde no le falta Dios.»

Bueno, eso es verdad; pero usted me parece que no es humilde. De manera que no se halla usted en el caso de que Dios le defienda.

Siga usted.

«Un distinguido escritor español salió á la palestra y refutó los ataques virulentos de esa caterva de angosta frente...»

¿A ver?

«He aquí el contenido del primer artículo publicado por un diario español:

«EL POEMA ALFONSO XIII,
REY DE ESPAÑA.

«No es la íntima amistad que me une con el joven *licenciado* D. Juan Pedro Didapp, au-

tor del expresado poema, lo que me hace hablar, sino un *deber de justicia...*»

¡Mentira!

¿Deber de justicia el hablar en defensa de un poema que es un esperpento risible?

¿Dónde ha aprendido esos deberes de justicia el autor del artículo?

Y el Sr. Didapp, con dos pes, ¿cree buena-mente que es un distinguido escritor español?..

Si acaso, será distinguido por lo malo.

Y sigue:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que *todo lo ven pequeño...*»

Si es alusión, protesto desde ahora. Yo no lo veo todo pequeño en el poema de Didapp: veo grandes el atrevimiento y los desatinos.

Continúe el de la defensa:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que todo lo ven pequeño y con ojos de malicia, al juzgar *impunemente* y de la manera más ligera é inconveniente *un poema que brillará como astro de primera magnitud en el campo de las letras...*»

¡Atiza! Ya me figuraba yo que no podía ser un distinguido escritor español quien defendiera el poema ridículo del Sr. Didapp.

Y ahora veo que no me había equivocado.

Quien asegura que el poema de Didapp «brillará como astro de primera magnitud en

el campo de las letras» no puede ser un escritordistinguido, sino un tonto, un pobre diablo.

Que ni siquiera sabe gramática, porque en seguida dice:

«*Lleven* entendido que *todo podrán querer* con tal de que á la gloria de Didapp no le *sirve* de pedestal la ruindad de la envidia.»

Párrafo estúpido, pues ni es castellano aquello de *todo podrán querer*, ni después de «con tal de que» puede decirse en indicativo *sirve*, sino *sirva* en subjuntivo.

Este distinguido..., digo, este desgraciado escritor español que se firma E. Peña, continúa haciendo elogios del poema y diciendo desatinos, llamando á Didapp *eminente poeta* y hasta *filósofo colosal y gigante*.

Dejémosle en su ridícula tarea y volvamos á la mala obra de Didapp.

Después del prólogo pone una introducción también en prosa, en donde se leen cosas de este calibre:

«... Y el hombre, ente social de este mundo, nunca llega á erguir la frente para ver rodar en el inmenso fluído los innumerables astros que *desfilan cual grupo de mujeres desoladas, dando sus rizos de oro al viento...*»

¿Qué tal, eh?

Pues verán ustedes otro párrafo:

«La verdad existe: que sea el hecho en sí de mal sabor ó peor olor, no cabe duda: y ¡ay del infeliz que eso le acontezca!»

¿Lo entienden ustedes...? Pues no puedo darles más luz ni antecedentes ni consigüentes, porque eso, tal como ustedes lo ven, es un párrafo completo entre puntos y aparte.

¿.....?

¿Que si no hay en Méjico manicomios...? Yo no lo sé: supongo que sí los habrá; pero si fueran á encerrar en ellos á todos los que lo merecen, que son casi todos los que escriben, tendrían que hacerlos muy grandes y uno en cada esquina...

Pasando sobre otros innumerables dislates de la introducción, llego al final, donde se lee:

«Como ya en impresión el presente *canto de mi pobreza*, donde mi humilde musa sale á la *palestra de España*, hubo un concurso de doctores de entre el alto clero poblano, el cual tuvo la fineza de *seguirme* males que los liberales en toda la vida habían podido *seguirme*...»

¿Dónde habrá aprendido este pobre hombre á hacer ese uso del verbo *seguir*?

¡*Seguirme* males...! Como si dijera causarme ó inferirme... ¿Creerá que todos los verbos son iguales y que lo mismo da usar uno que otro?

«Siempre he tenido corazón noble, y al ver derramando lágrimas á un hombre de carácter *indeleble*...»

Advierto á ustedes que el que lloraba era

un impresor que no quería que se le obligara á imprimir el *poema*...

Y ahora averigüen ustedes, si pueden, por qué llamará este Didapp hombres de carácter indeleble á los impresores... ó qué entenderá él por *carácter indeleble*...

Probablemente creerá que es lo mismo que *indomable*, aunque algo más fino.

Y vamos al verso.

El poema Alfonso XIII se compone de dos *epístolas*; veintisiete *sonetos*; otra *epístola* á Sherman; otra á los yankees, en tercetos, como las dos primeras, y una composición final á Doña Cristina, en quintillas, naturalmente malas, titulada *Esperanza perdida*.

La *epístola* primera lleva este subtítulo, que el autor habrá creído buenamente que está en latín:

Omnibus ad omnes.

¡Y vayan ustedes á sacarle de esa!

O á preguntarle qué es lo que ha querido decir, que no lo sabrá, de seguro.

¿Será eso una de las carambolas por contratabla que nos anunciaba al principio?

Empiezan los tercetos de esta manera:

«No será por demás tañer la lira...»

Pues sí, señor; sí es por demás, aunque á usted se le figure lo contrario.

Porque la lira es, para el caso, como las

castañuelas, que de tañerlas hay que tañerlas bien, y si no, mejor es no tañerlas.

Y como usted tañe la lira bastante mal, resulta que es por demás que la taña.

Empecemos de nuevo:

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde un *pirronismo impío*...»

¿El *pirronismo* es el que hace alarde?

Porque si es al revés, si es que del *pirronismo impío* hace alarde usted ó algún otro, ha debido usted decirlo así: «Haciendo alarde de un *pirronismo impío*...»

En fin, que tal como está la cosa no se entiende.

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde un *pirronismo impío*,
Y que doliente el corazón suspira.»

No veo la conexión que pueda tener el suspirar del corazón doliente con el *pirronismo impío* que hace ó de que se hace alarde.

Pero... seguiremos á ver cómo es el terceto siguiente:

«Yo que en la sombra del dolor me hastío,
Voy escalando con febril anhelo
La *inaccesible* recta del vacío.»

¡Escalar es...! ¡Qué atrocidad!

Mire usted que escalar la *inaccesible* recta del vacío...

«Y en alcanzar mi intento me desvelo;
(Pues hace usted muy mal, ¡qué tontería!)
En alas puras de inmortal *poesía*
Cruzando voy la soledad del cielo.»

Hace un poco escalaba... Ahora cruza...
¡Qué diversidad de movimientos!

A más de que eso último no es verdad; porque ni Didapp es poeta, ni, por consiguiente, puede cruzar en alas puras de inmortal *poesía* ó *poesía*, que es como hay que pronunciar en su verso.

«La dicha rompe por opuesta vía...»

Y la *poesía* también. No quieren nada con usted.

«La dicha rompe por opuesta vía;
Sólo me deja abrojos y quebranto,
Haciendo amarga la existencia mía.»

Pues tenga usted paciencia, que también usted hace amarga la existencia de los demás con sus malos versos.

«Otros *disfrutan*, yo derramo llanto...»

Otros *disfrutan*... ¿Y qué disfrutan ó de qué?... Porque el emplear así el verbo *disfru-*